

NUESTRO GARCIA BLANCO

En este acto que la Facultad de Filosofía y Letras de Salamanca dedica como recuerdo y homenaje al doctor don Manuel García Blanco, me cabe el doloroso honor de solicitar vuestra atención para evocar la figura del maestro, del colega y del amigo, aun cuando no sea mi voz la más autorizada para el desempeño, habiendo sido, sin embargo, su discípulo, su colega y su amigo.

Son ya lejanos los comienzos de un trato que empezó en las aulas del viejo edificio de la calle de Libreros, alumno y entonces en lecciones ocasionales —suplencias— del que era por aquella época Auxiliar de Lengua y Literatura españolas, para seguir más tarde un Curso completo de Gramática Histórica, ya en este Palacio de Anaya, y venir luego a coincidir, Auxiliar el que os habla y Catedrático García Blanco, en esta misma Facultad. No es del caso, tal vez, ni a nuestro común amigo enaltece, si digo que fue ponente en mi tesis doctoral y juez, con otros maestros de imborrable memoria, en las oposiciones que me hicieron catedrático. Disculpad que no haya eludido hablar de algo, para mí motivo de orgullo y de satisfacción —mi condición salmanticense—, pues si no por méritos, quiero hacer honor por fidelidad y reconocimiento a una escuela y a unos maestros. Hablo de la Facultad en los últimos años de la veintena y siguientes, hasta la interrupción de la vida escolar en el 36, con ausencias de poca duración; de una Facultad en que se practicaban de manera ejemplar lo que luego ha venido a tener marbete administrativo: la dedicación plena y exclusiva, la investigación habitual y compartida, el magisterio sin restricciones. En aquella escuela donde enseñaron José María Ramos y Loscertales, Leopoldo de Juan y Unamuno —por no citar sino a los que fueron, de entre los profesores de aquella época— la labor de nuestro García Blanco impuso en la docencia una huella y un estilo personalísimos.

A su iniciativa se debió el primer seminario organizado con rigor y sistema, reuniendo los materiales adecuados para esta clase de trabajo con sus alumnos. Tomó parte principalísima en la creación de la Biblioteca de la Facultad, tanto en la dirección de las adquisiciones de libros, como en la organización y arreglo de material de la misma. Si en pocos años la Facultad contó con una biblioteca instrumental actualizada, a García Blanco ha de atribuírsele muy principalmente. Y no le distrajerón de sus clases y seminario las obligaciones que sobre él pesaron al ser

nombrado Secretario General de la Universidad, cargo que llevó con la máxima dignidad y eficiencia.

En toda su labor las virtudes menores —¿por qué menores?— de asiduidad y responsabilidad, resplandecieron no sólo por la escrupulosa atención con que las practicaba, sino más aún por la facilidad con que se desenvolvía, como si no estuviera haciendo nada extraordinario, y por el afable temple que acompañaba a todas sus acciones. Jamás se tenía la impresión de serle importuno cuando se le buscaba en demanda de consejo, de ayuda o en consulta, y su tolerancia y generoso disimulo de la posible ingenua torpeza del alumno hacía que nos sintiéramos seguros y confiados. No he conocido maestro de más abierta accesibilidad, y ello a lo largo de toda su vida académica y para todos los muchísimos estudiantes, nacionales y extranjeros, que llegaron a él. A la primera alentadora acogida seguían el consejo y la orientación justos y aún más, porque rara era la vez que no ofrecía y ponía a disposición sus libros, sus notas, sus carpetas de trabajo, con la oferta más desprendida.

Enseñó con vocación entera y lo hizo sin alharaca, sin exhibicionismo, con una pudorosa atenuación del saber y del magisterio, con limpia mostración de los datos que había establecido su neta honradez científica: sus lecciones y conferencias fueron siempre una deferencia para los oyentes por la claridad del contenido, la elegancia de la forma y la nitidez de su decir. Todo su trabajo fue siempre modelo de justeza y de seriedad. La improvisación, el poco más o menos, la ligereza irresponsable, lo que no fuera de buena ley o trascendiera a superchería, he ahí una lista de defectos que ni tuvo ni toleró. La misma correctísima pulcritud que distinguía su pergeño, brilló en sus estudios y le distinguió también en su conducta dentro y fuera de las aulas.

Fue el suyo un magisterio íntegro, constante, exento de las tachas que suelen afectarnos —pedantería, vanidad, envidia—. La lección de su vivir es, desde luego, positiva por lo que fue y por lo que hizo, y lo es más todavía por aquello en que no incurrió, pues creo que García Blanco nos es un dechado en quien las cualidades valiosas no sufrieron la merma de los defectos. No hay que salvar en él, como en tantos hombres eminentes, tal o tales lunares en mérito a sus virtudes: su vida se nos aparece como algo sencillamente, y nada menos que impecable.

Y todo ello ejercido con gracia, con una simpatía que poseyó en grado muy alto y que le brotaba como una luz del corazón iluminando sus actos. Antes me he referido a su aparente facilidad para resolver tareas por arduas que fuesen, y sospecho que una buena parte de la gracia con que se desenvolvía era resultado de un esfuerzo escamoteado y liberado de apariencias fatigosa por voluntad de ser grato a los demás, por atenuación delicada de la propia importancia, y hasta por un sentido muy inteligente del humor, benévolo y nunca acedo. Esa graciosa facilidad, su amable pul-

critud, tenían el comento de su fácil sonrisa, que era su gesto habitual y caracterizador: una sonrisa que nada tenía que ver con un simple reflejo muscular vacío o con un truco de captación calculado, sino que era la oferta clara, sin reticencias, de un alma limpia y naturalmente amistosa.

Ahora bien, qué energía hasta lo inflexible, cuando se encontraba ante algo que su fino sentido moral repudiara. Sin violencias, ni brusquedades, pero con la mayor entereza, García Blanco tuvo a raya a cuanto no consideraba decoroso y su amplia tolerancia terminaba allí donde empezaba una exigencia ética. Verdad es que nunca alardeó de pureza, se limitó a observarla; ni hizo de su religiosidad —honda, activa, auténtica—, valor de cambio para medro o ventaja.

Fue independiente y no por egoísmo o comodidad, pues tuvo el valor sereno de sus principios y nunca rehuyó comprometerse cuando creyó en algo.

Remotos años ya los de mi primer conocimiento del maestro, largos años —y me parecen tan pocos—, los de trato y comunicación en tiempos y ocasiones fáciles y en otros que no lo fueron tanto, en paz y en guerra —toleradme esta reminiscencia escolar de estas aulas que tan adentro llevo—, en la vida académica y en la privada, en el disfrute de una amistad irrepetible que nos unió personal y familiarmente. En estos siete lustros de frecuentarlo, he tenido ocasiones de verle intervenir en los más diversos asuntos, algunos de muy difícil gestión, delicadísimos. Pues bien, jamás le hallé en posición que no fuera limpia y clara, ni ahora que los evoco, cuando es cómodo y fácil enjuiciar o decidir, pasada la urgencia de los problemas. No se piense ni por un momento —vosotros que lo habéis conocido no necesitáis mi aclaración— no se piense que estoy tejiendo una corona de elogios circunstanciales y más bien genéricos, porque tras cada una de mis apreciaciones quedan los casos probatorios concretos, en los que vuestros recuerdos abundan igualmente. Como le recordais en su sencillo y mesurado señorío, en su selecta elegancia y en su continente dignamente decoroso, en su conversable trato.

Esta suma de cualidades de nuestro colega hacen que sea difícilmente separable el profesional del hombre y ocurre preguntarse —yo me lo pregunto muchas veces— cuál fue el determinante del otro. No sabría deslindar qué trajo de su progenie y qué de su formación. Sus raíces salmantinas, que como ha recordado don Francisco Maldonado, otro gran maestro de esta casa, llegan hasta el campo charro, su educación urbana y universitaria, el hogar que supo formar en que encontró la mejor ayuda y estímulo, sus maestros Menéndez Pidal, Américo Castro, don Miguel, Meyer-Lübke, Vossler, todas son circunstancias que concurrieron en formar su personalidad. Pero ni *Salmantica* ni *natura*, con no haberle sido esta avara, nos explican el hombre ejemplar que fue nuestro colega. En última instancia, cada uno es el que se elige y el que se hace de entre el

innumerable repertorio de posibilidades que la vida depara, y García Blanco supo en cada momento lo que quería, lo que debía obrar, y cumplió su quehacer como habéis visto.

Si las que llamamos *humaniores litterae*, su cultivo, ha contribuido a tan acabado logro, tampoco lo afirmaría, y ni me atrevo a apuntar la hipótesis, tan halagüeña, de que hayan sido las letras causa mayor en la granazón de una vida tal. ¡Qué invitación a los que profesamos el estudio de cuanto más bello se haya soñado, pensado y sentido en el pasado! qué camino de perfección el que se nos abre ante nuestros ojos a cada paso. Me place suponer que si García Blanco llevó a su profesión cualidades de singular excelencia, halló en esa profesión incentivo, modelos y estímulos en su depurado hacerse a sí mismo. Es algo que siempre espero que nos ocurra y resulte de nuestra tarea.

El círculo de sus amigos, de sus colegas, de sus convecinos, son otros tantos ámbitos donde García Blanco ha dejado un sentidísimo vacío, pues tanto llenaba su presencia, y ahora percibimos mejor el privilegio que fue haberlo compartido en nuestro vivir. Salmantino de nacimiento, de progenie, por amor, y hasta por vocación y ejercicio, supo juntar, que no son incompatibles, el apego a la patria chica y un espíritu amplísimo. Nada de localismo encogido ni de perezosa rumia de glorias que fueron; gustó y supo hacer gustar (qué deliciosa aventura recorrer Salamanca bajo su guía!), inteligente y sensible, las bellezas pretéritas y actuales de su ciudad. Al mismo tiempo fue viajero gustoso y curioso que fácilmente saltaba hasta lejanos lugares, siempre enseñando, y sabía convivir sin violencia con mentes ajenas y extrañas. Como se ha dicho de "Clarín" —termine aquí el paralelo—, también García Blanco fue un provinciano universal y provinciano por elección voluntaria hasta el fin de sus días.

Lo que tal vez no queda claro en lo que vengo exponiendo es el grado heroico alcanzado por él en el cumplimiento de sus deberes. Y es preciso que se diga como escueto tributo a la verdad. Todavía no he medido en toda su grandeza la increíble voluntad de entrega que puso en obra durante los últimos meses de una enfermedad cruel e implacable. En medio de padecimientos que bien debieran haber no ya justificado, sino exigido un descanso total, le hemos visto dominarse, sacar fuerzas de flaqueza, para dar correctamente una clase, una conferencia, para cumplir deberes incluso los no apremiantes, y para atender a sus amigos con la viveza amena de su conversación como si no quisiera hacernos participar de sus padecimientos ni por la compasión siquiera. Todavía no he podido comprender cómo hasta última hora pudo seguir los Cursos en Santander, cómo mucho antes de que fuera preciso se anticipó a dejar redactadas cuidadosamente las Memorias de cada uno de ellos, no dejando cabo por atar. Y en esa desigual lucha entre el mal que le iba venciendo y su voluntad de cumplir más allá de lo que sus fuerzas le permitían, recuerdo su ánimo igual, la alegría que se inventaba en cada momento para que

no nos traspareciera su padecimiento del que apenas si le recuerdo una queja. Hasta tal extremo fue entero su continente que nos engañaba y hacía concebir esperanzas, fundadas solo en el deseo de verle recuperado. De entre tantos y tantos momentos en que su voluntad se sobrepuso al abatimiento, hay uno que se me ha quedado especialmente grabado. Fue en la comida que era de uso tener en los cursos santanderinos, donde reunidos todos los profesores participantes, se le rendía un tributo de afecto y gratitud por su dirección inigualable. Con gracioso modo solía él hacer el resumen del acto, mencionando o aludiendo a cada uno de sus colaboradores, en un balance del curso y aun del año donde recogía lo más halagüeño para cada uno, y a esta gratulatoria solía reducirse su discurso. Pero en la comida de setiembre último, cuando ya la enfermedad no le daba tregua, hizo un esfuerzo sobrehumano para asistir, se levantó a hablar. Me temí que la emoción le ganara, porque no se le ocultaba que las que iba a pronunciar podían ser palabras de despedida última. Superó, sin embargo, esa emoción que adivinábamos unos pocos y no nos atrevíamos ni a formulárnosla; la superó y habló más brevemente y, contra lo acostumbrado, casi todo el contenido estuvo dedicado a dar consejo a los profesores: "Cuando tengais dificultades, cuando se os presente algo desagradable o molesto, afrontadlo con una sonrisa". Aún tuvo energías para sonreírnos con un dominio sobrehumano, que la mayor parte no pudo captar. Quiero evocarle en aquel gesto de heroísmo tan puro que ni dejó asomar la más leve apariencia de tal.

Una vida clara que se nos iba, que se nos fue con clara sonrisa de aceptación, de indulgencia suprema, de admonición serena. He aquí un hombre al que hemos tenido el privilegio de conocer, de tratar y de amar. No nos queda ya más consuelo que el de su memoria: hermoso legado, parvo consuelo.

FRANCISCO YNDURÁIN